

HACE unos años no se sabía muy bien lo que era, se buscaba un tanto vergonzosamente la palabra en el diccionario. Hoy día, la ecología está a la orden del día. Se habla de «conciencia ecológica», los «clubes de ecología» organizan en Estados Unidos marchas, protestas, entierran simbólicamente motores de automóviles y, en el mensaje al estado de la Unión, el Presidente Nixon declaraba que el gran problema de los años 70 será saber si la humanidad va a capitular ante el medio artificial y patológico que ha creado («surrender to our

surroundings») o «reconciliarse con la naturaleza, reparar los daños que ha causado al aire, a la tierra y al agua».

En el campo literario, la expresión no es tan shakespeariana como se hubiera deseado; toda esta dramaturgia ecológica es quizá un medio de hacer olvidar ciertos problemas políticos y sociales que no se pueden o no se quieren resolver. Hay que desconfiar de las gentes que se enternecen ante la suerte de los árboles o de los pájaros. Sollozar de cuando en cuando a causa de los bebés-focas es un recurso excelente

para contemplar con la conciencia más tranquila el problema negro o el de la pobreza. La «conciencia ecológica» puede ser un alibi como cualquier otro y un «desmovilizador» de gran eficacia. Pero esto no resta gravedad a la cuestión; no es ciertamente inútil presentar los problemas del entorno como el «challenge» fundamental del decenio que comienza ahora, como otra «nueva frontera», al no haber dado la conquista de la Luna los resultados esperados.

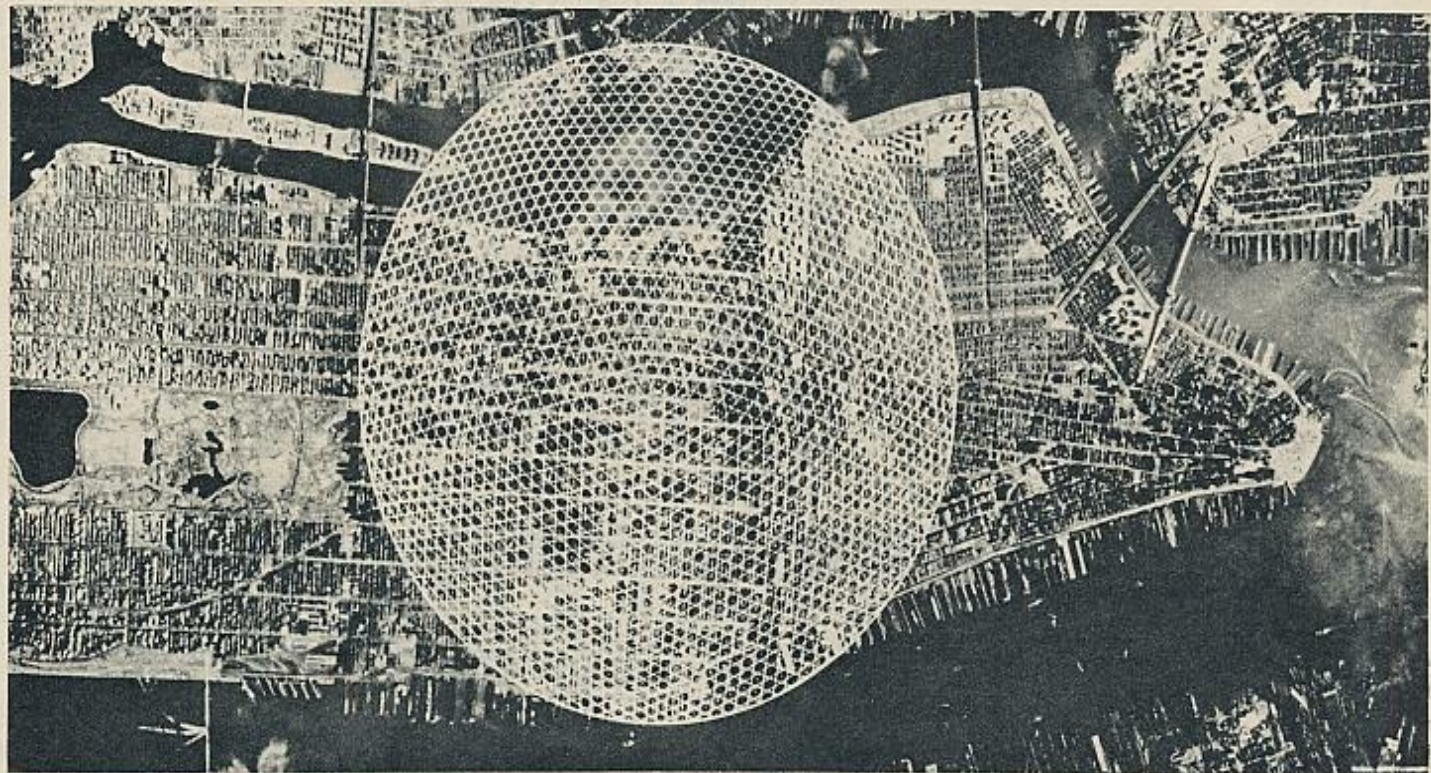
Efectivamente, pocas cosas ha habido tan notables como la rapidez con que se ha extingui-

do el entusiasmo provocado por la aventura de los cosmonautas. «Busy on the moon» podía leerse a este respecto en los diarios americanos el pasado mes de noviembre. Pero, ¿qué hacer? ¿Y por qué enterrar tantos miles de millones en la investigación espacial cuando hay que vivir en la Tierra y cuando la vida en ella está a punto de hacerse imposible? Todo ha sido dicho desde hace tiempo acerca de los problemas que la contaminación del aire y de los ríos va a suponer para la especie, el carácter infernal de las nieblas urbanas, la desaparición de cier-

¡NO RESPIREN!

Por ANDRE FERMIGIER

Hace años, el arquitecto americano Richard Buckminster Fuller propuso la construcción de cúpulas gigantes que cubrirían las grandes ciudades. En su interior, la vida sería mantenida artificialmente y el aire sería acondicionado. Los hombres deberían salir de ellas con máscara. En la foto, el proyecto de cúpula geodésica sobre Manhattan.





tas especies animales, la acumulación de los desperdicios industriales, la destrucción acelerada del paisaje, del suelo, de los recursos naturales, la mala calidad bioquímica de los alimentos que consumimos hoy en día. Se ha dicho todo, pero no se ha hecho nada hasta la fecha y se ha visto que la degradación acelerada del entorno no solamente era una cuestión de estética y de vagas nostalgias virgilianas, sino que planteaba un problema de supervivencia para la humanidad entera.

CAPSULAS ESPACIALES

«Don't breathe» («No respiren»), nos dice el hombre enmascarado que se manifiesta en una calle de una ciudad americana. «Hay que salvar la Tierra del mal que le causa el hombre», se leía recientemente en «Time». El aficionado a visiones apocalípticas quedará satisfecho con la lectura de un artículo de Yves Bérolaud en el número de «L'Architecture d'aujourd'hui» dedicado al «nuevo entorno», a propósito de la combustión del oxígeno por hombres, animales y máquinas:

«El resultado de la combustión no es solamente un desprendimiento de gas carbónico y de humo, sino también un desprendimiento de calor. Ahora bien, el calor es un verdadero

desperdicio para nuestro planeta; actualmente se observa un aumento —infinitesimal ciertamente, pero real— de la temperatura de nuestra biosfera... A la larga existe el peligro de un fenómeno que inquieta a todos aquellos que se preocupan del porvenir a largo plazo: la fundición de los bancos polares podría acarrear una inmersión de numerosas tierras e incluso el desequilibrio de nuestro planeta sobre su eje».

Ya estamos prevenidos. Existen ciertamente remedios o, al menos, paliativos. El empleo de modernas técnicas de depuración permitiría, según Bérolaud, limitar la polución atmosférica; la polución del aire de Pittsburgh, una de las más graves del planeta, ha podido gracias a ellas ser limitada a un porcentaje pasable. Ford acaba de dedicar 7,5 millones de dólares a un centro de investigaciones especializado en los problemas de la polución (los 83 millones de coches que circulan en América provocan el 60 por 100 de la polución del aire en las ciudades). Nos dicen que los modelos que saldrán de las fábricas de Detroit en 1971 despidirán un 37 por 100 de gas carbónico menos que los coches de 1960. Es posible que se termine por imponer a las compañías petrolíferas que eliminen de la gasolina el

plomo que la hace especialmente tóxica; sabemos que Wall Street se interesa muy especialmente por las acciones de las compañías especializadas en los problemas de la polución.

Es posible que de esta forma se haga un poco menos irrespirable el aire de las grandes ciudades y no haya que tomar las soluciones que preconizaba hace unos cuantos años el gran arquitecto americano Richard Buckminster Fuller, inventor de las cúpulas geodésicas: cubrir el centro de Manhattan bajo una especie de cúpula en cuyo interior existiría aire acondicionado y la vida sería mantenida artificialmente. Terrorífica visión del porvenir: la humanidad tendría que reagruparse en inmensas cápsulas espaciales de las que no podría salir sin máscara y tomando precauciones típicas del fin del mundo.

Es posible que no tengamos que llegar a echar mano de las cápsulas espaciales, pero no es seguro que todos los esfuerzos realizados para eliminar la polución lleguen a reabsorber la enorme cantidad de desperdicios provocada por la superproducción y los mecanismos de la sociedad de consumo, incapaz de sobrevivir si no es a costa de destruir cada vez más rápidamente aquello mismo que produjo. Según «Time», diariamente se producen en los Estados Unidos 11.000 calorías de alimentos por individuo, cuando bastaría con 2.500. «Cada niño americano es una carga cincuenta veces más pesada para el entorno que un niño indio». Los problemas ecológicos son siempre problemas políticos; de todas formas, «no es posible un desarrollo infinito en un planeta finito».

NUNCA DOS SIN TRES

En esto reside quizá el fondo del problema. Por generosa que sea la Tierra, es difícil imaginar cómo llegará a alimentarnos a todos en el año 2000, según el ritmo actual de la explosión demográfica. Es evidente que no hay buena política ecológica sin limitación del número de nacimientos y rehabilitación de ese ser que las sociedades modernas tratan como un paria, cuando en realidad podía ser su salvador: el soltero. Si se les tra-

tara bien, si se les considerase bien, si se les eximiese de los impuestos, si se les homenajeara públicamente y citara como ejemplo y se les promoviera a los más altos cargos, los solteros serían numerosos y contribuirían de forma decisiva a aligerar la carga que la especie humana hace recaer sobre la Tierra. Algunos dicen que si las parejas no tuviesen más que dos niños en los países occidentales, la amenaza demográfica sería menor. En primer lugar, nunca se tienen dos niños, porque los dos primeros son involuntarios, y cuando se quiere intentar la suerte por tercera vez, o bien se tienen dos chicas cuando se quiere un niño, o bien se tienen dos niños, etcétera.

Es un ciclo infernal. De todas formas, los niños son una de las más importantes fuentes de nocividad de las que podamos hoy quejarnos. Rompen todo, con lo cual multiplican los desperdicios; organizan una zambra espantosa, levantan los suelos, desgajan las ramas de los árboles, matan los gorriones y las palomas, aceleran de forma delirante el ritmo de la producción cuando llegan las fiestas, y en unos cuantos años transforman a los adultos competentes y activos que tienen la desgracia de ser sus padres en viejos embrutecidos y cubiertos hasta el coco de basura. Se imponen medidas inmediatas: por ejemplo, prohibir, año sí y año no, los nacimientos bajo pena de las más terribles multas y castigos infamantes. Otra solución sería la de gravar con impuestos progresivos a las familias excesivamente prolíficas. Ya sé que se está estudiando esto.

A la espera de días más felices, ¿qué es lo que podemos hacer? En el campo del medio ambiente, es decir, de la arquitectura y del urbanismo, podemos organizar el espacio de forma más racional —especialmente en los barrios extremos— que lo hemos hecho hasta ahora y desperdiciarle menos, montando por doquier nudos urbanos de dimensiones reducidas, pero muy bien estructurados. Las ciudades no deberán extenderse ya indefinidamente en el espacio, sino organizarse en tramas muy densas alrededor de los centros en donde se encuentren reuni-

¡NO RESPIREN!

¿HAREMOS INHABITABLE LA TIERRA?

FAUNA.—«La regresión de la fauna salvaje es el síntoma evidente de la degradación de los habitantes naturales y del conjunto de la biosfera, delgada película viva de la que depende nuestra supervivencia. Cada especie ocupa una posición en los sistemas biológicos y concurre al mantenimiento del equilibrio que gozamos». (Jean Dort.)

ALIMENTOS.—La nacionalidad de un hombre puede llegar a determinarse con una relativa aproximación por la cantidad de BHT (Butyl-hidroxytolueno, que se utiliza como anti-oxidante) o de DDT (que se emplea como insecticida) contenida en las grasas de reserva del tejido adiposo.

SUELO.—La gente suele pensar en la tala de árboles, en la desaparición de bosques cuando se habla de la erosión del suelo (montañas de Grecia, desnudas pendientes de Méjico, zonas desérticas españolas, norteamericanas, argelinas, marroquíes etcétera, etcétera), pero no debe olvidarse que los regadíos, cuando se llevan a cabo sin las precauciones necesarias (drenajes adecuados), han esterilizado inmensas superficies de tierras fértiles.

AGUA.—Actualmente el hombre consume una décima parte del agua disponible (3.000 kilómetros cúbicos frente a 30.000), pero si la humanidad sigue creciendo al ritmo esperado (es decir, que en el año 2000 habrá 6.000 millones de habitantes), las necesidades de agua representarán casi la mitad de las existencias disponibles. Si tenemos en cuenta que éstas no se reparten por igual, debemos augurar una escasez dramática en ciertas zonas industriales.



Esta imagen se ha hecho ya corriente: millones de peces muertos a causa de la polución del agua. Esta corresponde a un canal de Florida.

dos todos los servicios urbanos (lo cual no impide crear espacios verdes).

Frank Lloyd Wright decía por los años veinte que el porvenir de Chicago dependería de la elección que sus habitantes hicieran entre el ascensor y el automóvil, es decir, entre una concepción vertical de la ciudad (rascacielos, gran densidad de población en el centro) y una concepción horizontal del hábitat desperdigado en casas individuales con paisaje alrededor. El prefería el automóvil. Las consecuencias de este error fatal son conocidas: barrios informes y desmesurados, autopistas que entran hasta el corazón de las ciudades, tráfico paralizante, distancias infinitas entre la casa y el lugar del trabajo, infartos, criminalidad, etcétera. El nuevo plan de urbanismo de Nueva York se ha montado, por el contrario, y muy juiciosamente, sobre la necesidad de revitalizar el centro de la ciudad, crear en él nuevos empleos y renovar el hábitat existente.

CUATRO ARBOLES POR HOMBRE

Asimismo debemos de reforzar las medidas de protección de la naturaleza, y no solamente la de los parques nacionales y otros parajes especiales. Porque no se trata de crear reservas de naturaleza, sino conseguir que en todas partes la naturaleza esté defendida. Se trata de restablecer un equilibrio biológicamente racional entre el hombre y el árbol, equilibrio que no realizan evidentemente las plantas verdes con las que nosotros llenamos nuestros apartamentos. «Sería preciso plantar cuatro árboles por cada hombre que viene a instalarse a una ciudad», dice Bétolaud; esto no se hace.

Si no queremos plantar árboles, deberemos al menos proteger de forma drástica los arbolados que rodean las grandes ciudades, que constituyen sus reservas de oxígeno y que actualmente son desmantelados por los promotores de viviendas. No habría que dejar construir ni un solo bloque de casas en un bosque o en un parque: un plantío donde se abre

un hueco termina por morir más pronto o más tarde, y el ingenuo comprador de una de estas residencias «colocadas en uno de los más nobles bosques del país» se encontrará muy rápidamente con que su ventana da a un terreno desierto. Pero, sobre todo, hay que evitar la proliferación anárquica del hábitat individual. Los grandes conjuntos no son odiosos por grandes, sino porque son feos, miserablemente terminados y plantados en campos de hortalizas. Habría que concebir conjuntos de otro tipo, inmuebles cuyas rentas fuesen asequibles a los trabajadores, terminar con las soluciones de «dejar hacer».

¿Qué humanidad, qué tipo de cultura, de relaciones, de vida social podrá surgir en esta vuelta a la Tierra? Serían preferibles las cápsulas espaciales de Buckminster Fuller, ya que, por lo menos, tienen el mérito de la inspiración poética y de la audacia técnica, cosa imposible de asociar a los responsables actuales de la política, de la vivienda y del urbanismo. ■ A. F.